

## *Relatos del Guinardó*

## I. Una llamada misteriosa

El palacete de la familia Valldaura Muntaner se alzaba como un discreto testigo del tiempo en el corazón del barrio barcelonés del Guinardó. Construido a principios del siglo XX por el abuelo Ramon Valldaura, combinaba la solemnidad de la arquitectura noucentista con detalles modernistas: amplios ventanales ornamentados que filtraban la luz dorada de la tarde sobre los suelos de mosaico, extensas balconeras con barandillas forjadas de hierro, altas columnas de piedra en fachada y una gran escalinata en su interior. El jardín posterior había quedado encajonado entre bloques de viviendas de nueva construcción pero todavía seguía siendo el pequeño refugio de magnolias y rosales donde las hermanas Valldaura Muntaner jugaban de niñas bajo la atenta mirada de su madre.

La casa era un microcosmos de la historia catalana reciente: las habitaciones conservaban retratos de las generaciones pasadas y acumulaban por todos lados viejos planos de edificios históricos de Barcelona, testigos de una saga familiar dedicada a la arquitectura. El despacho de arquitectura forense se situaba en la planta baja, en el espacio de la antigua biblioteca. Allí, rodeadas de ordenadores, fotografías, bocetos e instrumentos de medición, las tres hermanas Adriana, Claudia y Natalia habían forjado una reputación como las arquitectas forenses más minuciosas de la ciudad.

Adriana era la más pequeña, de 26 años. De baja estatura, con melena castaña que le caía sobre los hombros y ojos inmensos tras unas gafas redondas, pasaba horas revisando informes, midiendo fisuras y escribiendo miles de notas. Apenas pronunciaba palabra. Su timidez la resguardaba en un mundo interior impenetrable, pero su mirada era precisa y no se le escapaba ningún detalle.

Claudia, la mediana de 28 años era corpulenta, rubia, de voz firme y gestos rápidos. Se discutía con cualquiera que cuestionase sus conclusiones. Siempre tenía una respuesta para todo y no dudaba en levantar la voz para defender su criterio. Tenía un carácter volcánico y llevarle la contraria era realmente complicado.

Y por último Natalia, la mayor de 30 años. Esbelta y de pelo largo rizado, caminaba por el despacho como capitana al mando de su barco. Era sensata, prudente y la que asumía la responsabilidad de tomar las decisiones familiares. Su autoridad nunca se discutía: sus hermanas la veían como una referencia a seguir, casi como la madre que perdieron demasiado pronto.

A pesar de la majestuosidad del palacete, la atmósfera estaba teñida por la ausencia de la madre, quien desapareció misteriosamente durante el incendio que sufrió en el 96. Desde entonces Josep Valldaura, patriarca de 59 años, vivía recluido en el estudio de la buhardilla entre decenas de maquetas, cientos de planos y miles de recuerdos apartándose de la vida social. Hacía años que ya no recibía ningún encargo y ocupaba sus días leyendo y sobre todo dibujando. La desaparición de su esposa era un silencio latente en cada rincón de la casa, un eco persistente en las frías madrugadas de invierno.

El Guinardó, con sus calles empinadas y pequeñas plazas a la sombra de los plátanos, ofrecía el justo contrapunto a la solemnidad de la casa. Era un barrio antiguo donde aún se respiraba la calma de los tiempos en que fue una zona de veraneo para la burguesía

catalana. Las fachadas de color terracota, los portales de madera y los vestigios de torres modernistas componían un paisaje nostálgico, lleno de parques y miradores desde los que se divisaba el bullicio del Eixample a lo lejos. Todavía estaba lleno de pequeños colmados y de bodegas donde los vecinos se reunían para almorzar. El palacete Valldaura, casi oculto tras enormes árboles, dominaba discretamente el número 71 de la calle Villar, ajeno al trasiego de las cafeterías, tiendas y los gritos de las numerosas escuelas que había en el barrio.

En el despacho, la rutina de las hermanas era tan precisa como los viejos relojes de la biblioteca. Cada caso era un rompecabezas y a la vez una oportunidad para descifrar no sólo fisuras y estructuras colapsadas, sino también los secretos que las paredes callaban. Aquella tarde de septiembre, sin embargo, la luz caía más tenue y el aire estaba impregnado de una inquietud prácticamente imperceptible.

Claudia revisaba un informe sobre un colegio de Sarrià. Adriana clasificaba fotografías de grietas tomadas en una fábrica de Sabadell. Y Natalia, inquieta, hojeaba unos planos de un viejo teatro en ruinas cuando de repente el teléfono fijo sonó con un timbre seco y resonante: «Buenas tardes, Valldaura Forensics, dígame —preguntó Natalia, dirigiendo la mirada hacia la luz que entraba por la ventana—.» Al otro lado, una voz masculina se identificó como parte del despacho «Andreu & Asociados.» Explicó que un cliente necesitaba urgentemente un informe pericial sobre la estructura de una ermita en el Garraf pero que su despacho no se dedicaba a la arquitectura forense. Por ese motivo les pasaba el contacto ya que se trataba de un asunto delicado y requería especialistas de confianza. Les facilitó un número de teléfono y prometió enviar los detalles por correo electrónico. Al colgar, Natalia apuntó el nombre del despacho y el número. Sin embargo, algo en la llamada le incomodó: la nitidez de la voz, la falta de acento barcelonés y la forma precisa en que pronunciaba sus nombres.

Las tres hermanas comenzaron a investigar. Buscaron en el registro de despachos: «Andreu & Asociados» no existía. El número de teléfono tampoco figuraba en ningún directorio. Intentaron llamar varias veces pero la línea devolvía siempre la misma locución: «El número marcado no existe.» El misterio comenzó a cargar el ambiente. El pasado y el presente convergían en la casa del Guinardó, esa fortaleza de secretos familiares y paredes llenas de memoria. La llamada fue la pieza que faltaba en un puzle en el que los hilos invisibles de la familia Valldaura Muntaner, la desaparición de la madre y la historia de la ermita del Garraf se entrelazaban de forma inquietante.

La noche cayó sobre el Guinardó, y por las ventanas del palacete se filtraban las luces difusas de la ciudad. Como de costumbre, las tres hermanas y su padre Josep cenaban juntos en el patio. Sus manos grandes, gastadas por años de dibujos, acariciaban el respaldo de la silla mientras observaba a sus hijas: «Vaya equipo tengo en casa —bromeó sirviendo el cava—; si vuestra madre viera todo lo que habéis logrado.» Mientras Adriana, Claudia y Natalia trataban de descifrar el origen de la llamada, un viento antiguo removía los rosales del jardín como si las sombras de la casa, y de la propia historia familiar, se hubieran despertado para acompañarlas en el camino hacia la verdad que aguardaba en algún rincón olvidado del Garraf. La investigación apenas comenzaba. Lo que parecía un encargo más, pronto revelaría secretos que cambiarían para siempre el destino de las hermanas Valldaura Muntaner.

## II. Una ermita abandonada en el bosque

A primera hora de la mañana, después del desayuno, las chicas se reunieron en el despacho listas para emprender una nueva aventura profesional. Finalmente habían aceptado el misterioso encargo de la víspera. La clienta, una tal señora Carmen, les había citado en la ermita para explicarles los detalles y mostrarles el lugar. Ninguna de las tres sospechaba aún que el encargo sería más peculiar de lo que imaginaban. «¿Llevas la cámara, Adriana? —preguntó Natalia mientras subían al coche—; sí, aquí está, en la mochila. Y también las fichas para anotar los daños —respondió la más pequeña de las hermanas mientras se abrochaban el cinturón—; ¡Espero que no llueva!» Natalia arrancó el coche mientras su padre las observaba marcharse por la ventana de la buhardilla. «He puesto el navegador pero no tengo muy claro el desvío, en teoría está en Vallcarca, cerca de Sitges —explicó teléfono en mano—.»

Salieron de Barcelona mientras la ciudad aún se despertaba. Pronto dejaron atrás el tráfico incesante y el bullicio urbano para deslizarse por la autopista que serpenteaba entre las colinas del Garraf. Los rayos del sol las iluminaba y el Mediterráneo asomaba al fondo, azul y sereno. «Siempre me ha gustado esta carretera —comentó Claudia con la mirada perdida en el horizonte—; dicen que aquí los bosques esconden historias antiguas —añadió mientras bajaba la ventanilla para percibir el aroma a tomillo y salitre—; piratas, eremitas, carboneros y ahora nosotras, ¡las forenses de una ermita abandonada en medio del bosque! —arrancando una carcajada de sus hermanas—.» Después de una media hora, Natalia salió de la autopista y entró en una carretera más estrecha, flanqueada por matas bajas y pinos retorcidos. El paisaje era abrupto, salpicado de pequeñas masías en ruinas y sendas que se perdían en la maleza. Entre el rumor de las cigarras y el aire cálido, el Garraf les ofrecía su cara más salvaje y solitaria. «¿Seguro que es por aquí? ¡Ya te has vuelto a perder Natalia! —replicó Claudia mientras el camino se transformaba en un sendero de grava—; menos mal que hemos cogido el todoterreno y no el coche de papá, porque visto como conduces.» La mayor ya estaba acostumbrada a esas salidas de Claudia así que ni se molestó en escucharla. Después de varios minutos de curvas y baches el coche se detuvo ante una verja metálica que chirrió al abrirse. Un sendero de tierra ascendía entre encinas y arbustos hasta que por fin vieron la ermita, escondida entre los árboles. Natalia aparcó el coche bajo uno de ellos para que se quedase a la sombra.

Al bajar vieron los primeros detalles de la pequeña ermita y sus heridas del tiempo: muros de piedra cubiertos de líquenes, ventanas sin cristales y lo que más les sorprendió es que ya no tenía ni siquiera cubierta. Estaba realmente abandonada. A simple vista el informe pericial no sería nada favorable. Se avanzaron hacia la vieja puerta entornada. Junto a ella, una elegante mujer de algo más de 60 años de gesto sereno y mirada penetrante aguardaba de pie. «Buenos días, soy Carmen, la propietaria. Gracias por haber venido.» Natalia se presentó, luego hizo lo mismo su hermana Claudia pero cuando llegó el turno de Adriana, antes de que ella hablase, la señora Carmen sonrió con un destello indescifrable y dijo: «Y tú, tu debes ser Adriana, ¿verdad?» Las chicas se miraron sorprendidas. «Disculpe —añadió Natalia con un cierto aire—; ¿cómo sabe usted su nombre?» La señora Carmen, encogiéndose de hombros, le respondió que probablemente lo había leído en internet.

Comenzaron entonces la inspección técnica. La ermita no había resistido al paso del tiempo, envuelta en un silencio que sólo rompía el viento y el eco de las historias antiguas. Su planta modesta y sus gruesos muros fueron testigos durante siglos de procesiones y promesas. Con planos enrollados bajo el brazo, cámara y cuadernos de notas, las chicas recorrieron cada rincón del edificio. Natalia alzaba la voz para pedir que apuntasen la longitud de una grieta. Adriana disparaba el obturador con una precisión casi clínica, capturando los detalles de la estructura de la cubierta colapsada. Y en cuanto a Claudia, ella se dedicaba a tomar medidas de la planta y se detenía cada dos por tres porque, según ella, ya no aguantaba más allí. Bien cierto era que aquella mañana el sol caía a plomo y tan solo les protegía sus gorras y gafas de sol. No era la primera vez que visitaban un lugar así pero sí la primera que se enfrentaban a esa mezcla de ruina y belleza que destila la arquitectura de lo sagrado.

Al caer la tarde se despidieron de la señora Carmen y regresaron al despacho de la casa del Guinardó, el refugio donde el ruido de la ciudad quedaba amortiguado por el aroma del café y el sonido constante de las teclas del tabulador. Durante varios días trabajaron en la redacción del informe pericial, desmenuzando todas las patologías que castigaban a la ermita. En la mesa se acumulaban fotografías impresas, muestras de material, dibujos y cálculos estructurales. Cada una aportaba su mirada: Adriana, rigurosa, redactaba el apartado de antecedentes históricos; Claudia, detallista, describía con minuciosidad el estado de los materiales; y Natalia, siempre con una visión integradora, coordinaba los datos técnicos y proponía soluciones.

Los muros de carga, según dictaminaban los cálculos, podrían conservarse. Sin embargo, la cubierta era otro cantar: la estructura de madera había colapsado infestada de termitas. No había duda, la cubierta debía ser reconstruida por completo, empleando materiales tradicionales, respetando así la memoria de la arquitectura y el paisaje. Las jornadas se sucedieron entre debates y revisiones: ¿Hasta dónde restaurar y hasta dónde conservar la huella del tiempo? ¿Cómo equilibrar la seguridad estructural con la autenticidad patrimonial? El informe creció, se corrigió, se afinó y ya estaba listo para entregárselo a la clienta. Al final de la semana más de cuarenta páginas de diagnóstico, propuesta de rehabilitación y presupuesto estimado.

Regresaron entonces a la ermita. Les acompañaba la inquietud del resultado, sobre todo a Adriana y a Claudia. «Si no le gusta lo que hemos escrito, ¡qué se aguante! Es la realidad del edificio —comentó Natalia muy segura de ella—.» Allí les esperaba la señora Carmen, silenciosa en todo momento, siempre envuelta en una distancia glacial, casi ceremonial. Adriana, con voz firme, le entregó el informe pericial sin un asomo de sonrisa, con la cortesía exacta y la mirada fría por parte de la señora Carmen. Lo sostuvo entre las manos, hojeando las páginas como quien hojea una revista en la peluquería. La espera de la respuesta fue larga. El sol de la tarde dibujaba sombras sobre los muros y, durante unos segundos, la escena quedó suspendida en un silencio expectante. Luego, la señora Carmen asintió y les agradeció en voz baja su trabajo cuando dijo: «Efectivamente, lo que esperaba leer. Vamos a proceder entonces a la rehabilitación propuesta pero no para que vuelva a ser una ermita si no un pequeño centro cultural, un lugar para exposiciones de artistas itinerantes, un lugar donde puedan expresar su arte en un entorno tan bonito como este. ¿Aceptáis?» La cara de las chicas se iluminó por completo. «Sí, aceptamos señora Carmen. Ha tomado usted la decisión correcta.»

### III. Conexión Guinardó

Durante algo más de dos meses, la ermita del Garraf fue testigo de un inusual vaivén de maquinaria y vehículos de construcción. Cada mañana las chicas hacían el mismo viaje desde la casa del Guinardó. Al llegar cada una tenía una tarea bien definida: Adriana, con su mirada atenta, supervisaba la correcta interpretación de los planos; Claudia, con su peculiar buen humor, daba órdenes constantes a los obreros y artesanos para que siguieran la planificación de obra; y Natalia, con su constante inquietud, supervisaba que los trabajadores llevaran el equipo correcto y que no se accidentasen mientras ejecutaban sus tareas. No se contentaban con aparecer de vez en cuando porque la esencia de su trabajo era el saber que una rehabilitación se logra con constancia, presencia en el lugar y no con visitas esporádicas.

La primera fase fue la estabilización de los gruesos muros de carga. Los cimientos, fatigados por décadas de humedad y abandono, recibieron refuerzos de hormigón y poco a poco la estructura comenzaba a consolidarse. La ermita era realmente pequeña. Su planta prácticamente cuadrada, de apenas unos 80 metros de superficie, dividía el edificio en dos partes: la del lado este que albergaba la antigua capilla y la del lado oeste dedicada a la sacristía. Como los dos espacios eran irreconocibles dado el fuerte avance de deterioro, la rehabilitación previó unirlos para crear un único espacio que albergaría ahora una sala de exposiciones. En su día, los excursionistas que se aventuraban a tomar las sendas del Garraf encontraban en la ermita un lugar fresco de reposo y también de meditación.

Superada la primera etapa, abordaron la segunda y la más singular de todas: la reconstrucción de la cubierta. Natalia se encargó de supervisar la introducción de la nueva estructura de madera según sus minuciosos cálculos. Esta ya podía descansar con total tranquilidad sobre los muros de carga reforzados. Finalmente, y siguiendo el verdadero trabajo de investigación de Adriana, se comenzó a restituir el revestimiento casi a la exactitud: un equipo de media docena de artesanos se pasó jornadas completas colocando tejas árabes de un elegante color ocre, como las originales. Este tipo de teja predominaba en la arquitectura de la época en el Garraf. Volver a reintroducirla era el reconocimiento de siglos de historia.

La rutina diaria permitió a las chicas compartir momentos con la señora Carmen. Cuando coincidían con ella, las hermanas se detenían a conversar. Les contaba anécdotas de su juventud. Entre risas y confidencias, confesó que su gran pasión era la pintura, aunque la vida la llevó por otros caminos. «¿En serio era usted pintora? ¿Y no ha expuesto todavía nada? —otra de las perlas que soltaba Claudia—; ¡Cállate, hermana, y déjala que hable! —le replicó Natalia dándole un codazo muy poco discreto—;» Ahora la señora Carmen veía en la rehabilitación una buena ocasión para crear un espacio donde jóvenes artistas pudiesen exponer libremente sus obras y darles la oportunidad que ella nunca tuvo. «Y no tiene usted hijos, señora? —se aventuró a preguntar Claudia—;» Sus ojos detuvieron la mirada fija en el mar mientras le contestó que si los tuviese estaría muy orgullosa de que fueran unas chicas tan especiales como ellas. Así transcurrieron los días entre polvo, martillazos y vivencias compartidas con el Mediterráneo como telón de fondo.

En octubre se inició la tercera etapa: la puesta en obra del nuevo pavimento. La planificación indicaba que los obreros debían realizar una nueva solera de hormigón. Luego los artesanos se encargarían del revestimiento montando el mismo suelo con la característica baldosa catalana. Para ello, comenzaron por levantar el viejo pavimento. Mientras Natalia supervisaba este trabajo, tropezó con algo duro. Sus hermanas acudieron de inmediato. Después de remover la tierra apareció una caja de madera oscurecida con herrajes oxidados. Probablemente había permanecido oculta bajo el pavimento durante quién sabe cuántas décadas. Las chicas se miraron en silencio, un cosquilleo de emoción les recorrió la espalda. Claudia, como de costumbre impaciente y sin espera, forzó el cerrojo y al abrir la tapa, un leve aroma a historia y tiempo se espació en el aire. Dentro, cuidadosamente plegada, descansaba una fotografía antigua en blanco y negro con los bordes amarillentos. Las tres acercaron el rostro, con el corazón latiendo a toda prisa: «¿Esto... es nuestra casa? —susurró Adriana con los ojos muy abiertos—;» La fotografía mostraba un elegante palacete rodeado de árboles. Era inconfundible. Los ventanales, los balcones, la fachada, la buhardilla: todo era exactamente como la casa del Guinardó. «No puede ser —murmuró Natalia pasando su mano temblorosa por la imagen—;» Le dio la vuelta a la fotografía, buscando una confirmación o quizá una pista para resolver el misterio. Entonces, todas contuvieron el aliento. En el reverso, escrito con una caligrafía firme podía leerse: «Can Muntaner. El Guinardó. 1930.» Las tres se quedaron mudas, el silencio tan denso ocultó por un momento el ruido de las obras. «No puede ser. ¿Can Muntaner? Ese es nuestro segundo apellido —balbuceó Adriana—;»

El levante soplabla fuerte esa tarde. Los pinos se movían violentamente, como agitados por un cierto nerviosismo en el aire. Decidieron terminar y regresar a casa. Durante el viaje todas fueron en silencio, ni una sola palabra sobre lo sucedido pero lo que sí tenían claro es que debían pedirle explicaciones a su padre esa misma noche. Al llegar, Natalia dejó a sus hermanas mientras aparcaba. «¡Ya estamos en casa señor Josep! —gritó como de costumbre Claudia a su padre—;» Se dirigieron al despacho donde Adriana ya había comenzado a buscar pistas entre los polvorientos álbumes de familia de la biblioteca. «Déjalo Adriana, no hay ninguna foto antigua de esta casa en ningún sitio —fue el chasco que se llevó la pequeña por parte de la mayor—;» La noche comenzaba a oscurecer el Guinardó y con ella a iluminar el patio de la casa para la cena familiar. «Papá, mira lo que hemos encontrado hoy en la ermita —anunció Adriana sacando la vieja fotografía y colocándola sobre la mesa—;» Josep entrecerró los ojos al verla. Cogió la imagen entre sus manos y la observó durante un largo rato, casi con asombro. «Se parece mucho a nuestra casa —admitió alzando la ceja—; todo es prácticamente lo mismo.» Entonces Claudia exclamó su famoso «¡Te lo dije nena!» Natalia también le mostró el reverso a su padre. Josep lo leyó despacio, pensativo. Luego les sonrió con cierta incredulidad. «Chicas, mirad, en esa época había muchos palacetes parecidos al nuestro en el barrio, por no decir que todos eran casi idénticos. No sería extraño que varios de ellos compartieran el mismo diseño. Y respecto al apellido Muntaner ya sabéis que es muy común, no tiene por qué ser el vuestro —terminó Josep levantándose de la mesa y soltando una pequeña risa—;» Las hermanas se miraron, sabiendo que la caja y su contenido eran sólo el primer capítulo de un enigma familiar lo quisiera así o no su padre. La promesa de nuevas preguntas y aventuras flotaba en el aire, tan ligera y real como una fotografía rescatada del pasado.

#### IV. Los hombres de negro

La cena transcurría bajo la penumbra suave del patio. Las luces cálidas iluminaban el interior de la casa. El ambiente permanecía tenso después de la conversación sobre la misteriosa foto encontrada. Las respuestas de Josep habían dejado más dudas que calma y las miradas de las hermanas lo decían todo. De pronto, unas gotas tímidas cayeron sobre la mesa. En cuestión de segundos, el cielo se abrió en una cortina inesperada de agua. Claudia y Natalia corrieron dentro, esquivando charcos, mientras Adriana, siempre meticulosa, se apresuraba a recoger la mesa bajo el diluvio. Apiló cubiertos y platos y los subió a la cocina, dejando tras de sí el rumor húmedo de la lluvia. Las luces de la calle comenzaron a parpadear y luego la mayoría se apagaron, sumiendo en la oscuridad toda la calle. Adriana, de pie frente a la ventana, sintió un escalofrío. La noche, antes tranquila, parecía contener la respiración. Fue entonces cuando lo vio: una figura recortada bajo la última farola encendida. Un hombre anciano, de algo más de 70 años, vestido completamente de negro. Llevaba un sombrero de ala ancha y el cabello, larguísimo, le caía sobre los hombros. Estaba empapado por la lluvia pero no parecía importarle. Sólo estaba ahí, bajo la luz amarillenta y mirándola fijamente. Sus ojos, aunque lejanos, tenían una intensidad que congeló a Adriana. El corazón le retumbaba en el pecho mientras observaba como el hombre seguía inmóvil. De pronto empezó a cruzar la calle dirigiéndose hacia la casa cuando un coche tuvo que frenar de golpe para no atropellarlo, a centímetros del anciano, que ni siquiera parpadeó. Adriana sintió cómo la piel se le erizaba y, dominada por el miedo, pegó un grito desgarrador que rompió el silencio. Sus hermanas y el padre acudieron de prisa a la cocina. Les explicó con voz temblorosa lo que acababa de presenciar. Josep abrazó a su niña pequeña y tras intercambiar miradas cargadas de cansancio decidieron que lo mejor era irse a dormir. El día había sido demasiado largo y con muchas emociones. Todos subieron a sus habitaciones intentando convencerse de que todo habrían sido imaginaciones de Adriana provocadas por la fatiga y la tormenta.

La mañana despertó silenciosa. Las chicas volvieron a coger el coche y se dirigieron a la ermita. Llegaron puntuales, con el aire fresco impregnado de tierra húmeda y el aroma penetrante de la lluvia de la noche anterior. Les esperaba un día importante porque arrancaba la cuarta y última fase de la rehabilitación: los acabados finales. Los carpinteros, con una minuciosa precisión, fueron montando las nuevas carpinterías: las ventanas y las puertas devolvieron al edificio la dignidad de sus primeros días. Mientras, los operarios se encargaban de las instalaciones. Cada tarde, el sol iluminaba la fachada del edificio. El color blanco recién pintado marcaba la pureza original de la ermita. Cada tarea se encadenaba con la siguiente como las piezas de un rompecabezas, permitiendo ver el final de la rehabilitación dentro del plazo marcado. A finales de octubre, Natalia le entregó a la señora Carmen el certificado final de obra, no sin antes comprobar todos los acabados y asegurarse que ningún trabajo hubiese sido mal ejecutado o finalizado.

La brisa suave del Mediterráneo acariciaba las mejillas mientras el sol, ya bajo, doraba las arenas de Sitges, al pie de la ermita, con una luz melancólica. Las olas susurraban historias antiguas que se mezclaban con el bullicio de la terraza donde la señora Carmen, con su abrigo celeste y su sonrisa orgullosa, invitó a las chicas a un dulce para celebrar el final de la rehabilitación. Las cuatro se acomodaron en sillas de mimbre, mirando al



horizonte, que a esa hora, se teñía de tonos cobrizos y violetas. El aire olía a sal y a azúcar. «Esto hay que celebrarlo —dijo la señora Carmen, mirando a las hermanas con ternura—; no todos los días se termina una rehabilitación patrimonial.» En ese instante, se acercó el camarero, un joven de rostro amable pero distraído, con el delantal bastante torcido. «Buenas tardes, ¿ya saben qué les gustaría tomar? —preguntó—;» Natalia pidió que les trajeran una selección de dulces. Al poco tiempo regresó y los fue sirviendo cuando, repentinamente, la señora Carmen le preguntó: «Disculpa, ¿supongo que ninguno llevará cacahuete, verdad?» La cara del chico comenzó a enrojecerse y titubeando le respondió: «Creo que no, señora. Debería preguntarlo dentro.» La respuesta de la señora Carmen fue tajante y enfadada: «¿Crees o no crees? Porque esa chica —girándose hacia Adriana—; es alérgica y como entenderás puede ser muy peligroso.» El camarero volvió a ponerse nervioso, se disculpó y regresó a verificar que ningún dulce llevase. «Perdone, señora —dijo en un tono frío Natalia—; ¿cómo sabe usted que mi hermana Adriana es alérgica a los cacahuetes?» Le respondió que seguramente se lo había explicado durante alguna charla pero Adriana, discretamente, comenzó a negarlo en silencio con la cabeza. La tarde terminó con promesas, bromas y fijando la fecha de la inauguración para el último domingo de mes. Las chicas se despidieron y regresaron a casa. Todavía no sabían lo que les esperaba esa noche.

Al llegar a casa la noche caía con una densidad peculiar sobre el barrio. El aire era frío y denso. El silencio se interrumpía sólo por el lejano ruido de algún coche. Josep les estaba esperando en la cocina preparando la cena y les dijo a las chicas que fuesen poniendo la mesa. Esa noche la cena sería en el interior porque ya hacía bastante fresco en el patio. Pero Claudia, después de pedir toda la carta de postres, lógicamente ya no tenía hambre así que soltó otra de sus perlas: «Nenas, *m'en vaig!*» «¿Pero se puede saber a dónde vas a estas horas de la noche? —le regañó su hermana Natalia—;» Dijo que necesitaba andar un rato para que le diese el aire, que ya estaba cansada de tanto viaje todos los días hasta el Garraf. Así que cogió la puerta y se fue. A nadie le preocupó, solía hacer lo mismo siempre. Había pensado en dar una vuelta por el barrio pero al cruzar la esquina, la calle se tornó aún más sombría, como si la luz huyera de aquel tramo. Fue cuando una sensación incómoda le erizó la piel. Sintió una presencia detrás: pasos suaves, calculados, que se acompañaban con los suyos y acelerando cuando ella apresuraba el ritmo. Claudia, con el corazón golpeándole el pecho, se atrevió a girar la cabeza apenas un instante. A lo lejos, entre la penumbra, distinguió una figura. Era un hombre de algo más de 50 años, vestido totalmente de negro y con un viejo sombrero que avanzaba con paso lento pero constante hacia ella. La escasa luz dibujaba en su rostro unos extraños rasguños con líneas rojizas que le daban un aire aún más inquietante. Los ojos del hombre parecían dos puntos oscuros y su mirada, fija en ella, era como un peso invisible. El miedo se apoderó de Claudia. Sus manos temblaban y sentía que las piernas le flaqueaban. Entonces cruzó la calle y dobló bruscamente una esquina logrando perderlo de vista. Aun jadeando, regresó a casa con el pulso acelerado y las manos heladas. Al entrar, su padre y sus hermanas aún seguían en la cocina. Sin poder contener las lágrimas les explicó lo sucedido. Josep no pudo ocultar su preocupación. Decidió cerrar todas las puertas y ventanas, comprobó los cerrojos y acompañó a las chicas hasta sus habitaciones. Ya habían tenido bastante. Los días posteriores y previos a la inauguración, el miedo anidó en la casa por todos esos extraños sucesos esperando poner fin al enigma.

## V. ¿Quién eres señora Carmen?

El día de la inauguración llegó y con él la despedida de las chicas con la señora Carmen. Fue todo un éxito: decenas de excursionistas habían realizado el ascenso para visitar la esperada rehabilitación. Además, pudieron contemplar en la nueva sala de exposiciones, la obra titulada «Garraf: una historia y un legado» donde un fotógrafo de la comarca había expuesto cientos de fotografías que trazaban la historia del lugar. Justo antes de marcharse Claudia recordó que había olvidado el bolso en el interior. Al entrar, observó a lo lejos a la señora Carmen quien hablaba con alguien. Era el mismo hombre de negro que habían visto merodear días anteriores. El corazón le golpeó el pecho. Se acercó un poco más para escuchar la conversación: «¡Déjalas en paz! —gritó la señora Carmen—; ¡todo esto es por tu culpa! Ya la hiciste buena en el 96. ¿Pero a quién se le ocurre quemar la casa? —dijo un paso para salir cuando entonces se volvió a girar y añadió muy enfadada—: ¡todavía sigues estando loco! Aunque seáis mis hermanos jamás os lo podré perdonar.» Claudia reaccionó: echó a correr hacia la puerta y les gritó a sus hermanas: «Nenas, ¡vámonos ya de aquí, ahora!» Se subieron al coche y ninguna de ellas se atrevió a decir nada. Su cara estaba blanca y demacrada.

Ya en casa Claudia explotó con su padre: «Papá, ya no entiendo nada —exclamó llorando—; primero aquella llamada misteriosa, luego la señora Carmen que conocía a Adriana y su alergia, después esos hombres de negro y justo hace un rato veo a uno de ellos en la ermita hablando del incendio del 96. ¡Nada de esto tiene sentido! ¡Contesta!» «¡Ya basta, Claudia! —gritó Josep dando un puñetazo en la mesa—; yo tampoco entiendo nada. No sé quién es esa señora ni qué relación tiene con nosotros.» El silencio rodeó la casa mientras las paredes parecían escuchar. Josep bajó la voz, y con un nudo en la garganta, destapó un recuerdo enterrado: «Mirad, niñas. Durante el incendio vuestra madre y yo tuvimos una disputa muy fuerte. Ella estaba convencida de que la casa no era de los Valldaura sino de los Muntaner. Me aseguró que mi padre le había robado los planos de la casa al suyo, vuestro abuelo Muntaner, también arquitecto. Todavía me arrepiento cada día que me levanto porque no la creí. La acusé de haber provocado el incendio para vengarse. Lo único que recuerdo después es verla entrar en la casa en llamas para buscar el documento que justificaba el robo y no volví a verla nunca más.» Las palabras flotaron en el aire y el dolor se quedó suspendido en él. Durante días Josep no salió de su buhardilla hasta que Claudia aceptó pedirle disculpas.

Finalmente el ambiente se calmó y volvieron a cenar juntos. Entre tantas anécdotas y alguna otra canción popular que el señor Josep se atrevió a cantar, sonó el timbre. ¿Quién debería ser a esas horas? El reloj ya casi marcaba la medianoche. Adriana se levantó de la mesa y fue a abrir la puerta: «Señora Carmen, pero qué hace usted aquí? Bienvenida, no se quede ahí fuera, pase por favor.» Se apresuró a llamar a sus hermanas y a su padre que enseguida se levantaron de la mesa, entraron del patio y llegaron al recibidor. La cara del señor Josep se puso blanca al ver a esa mujer que comenzó diciendo: «Buenas noches. Han pasado muchos años Josep, pero sigues siendo el mismo, no has cambiado nada.» Las chicas miraron a su padre descompuesto, le preguntaron si se encontraba bien y si ya se conocían. La señora Carmen respondió: «Soy Carmen, Carmen Muntaner, y esta es mi casa. Ya es hora de que sepáis toda la verdad.»

*En memoria de Juana Pous-Higueras*  
*Águilas 1930 — El Guinardó 2025*